

# Deslumbrarse con las manos vacías

Mateo Navia Hoyos

Historiador, crítico literario, [ultimaletra@gmail.com](mailto:ultimaletra@gmail.com)

<sup>1</sup> Christian Bobin, *La vida pasajera* (Bilbao: El Gallo de Oro, 2020). Traducción de Alicia Martínez. Edición bilingüe

<sup>2</sup> Christian Bobin, *Prisionero en la cuna* (Madrid: Ediciones Encuentro, 2020). Traducción y presentación de Jesús Montiel, e ilustraciones de Andrea Reyes.

Christian Bobin (Le Creusot, Francia, 1951) se graduó como filósofo de la Universidad de Dijon en 1971 y regresó a su pueblo natal, donde combinó durante dos décadas las profesiones de escritor, profesor, bibliotecario, enfermero psiquiátrico, además de empleado en un museo y en una tienda de comestibles. En 1991 se dedicó por completo a la escritura, luego de que su décimo quinto libro, *Un simple vestido de fiesta*, se convirtiera en un éxito editorial con más de doscientos setenta mil ejemplares vendidos.

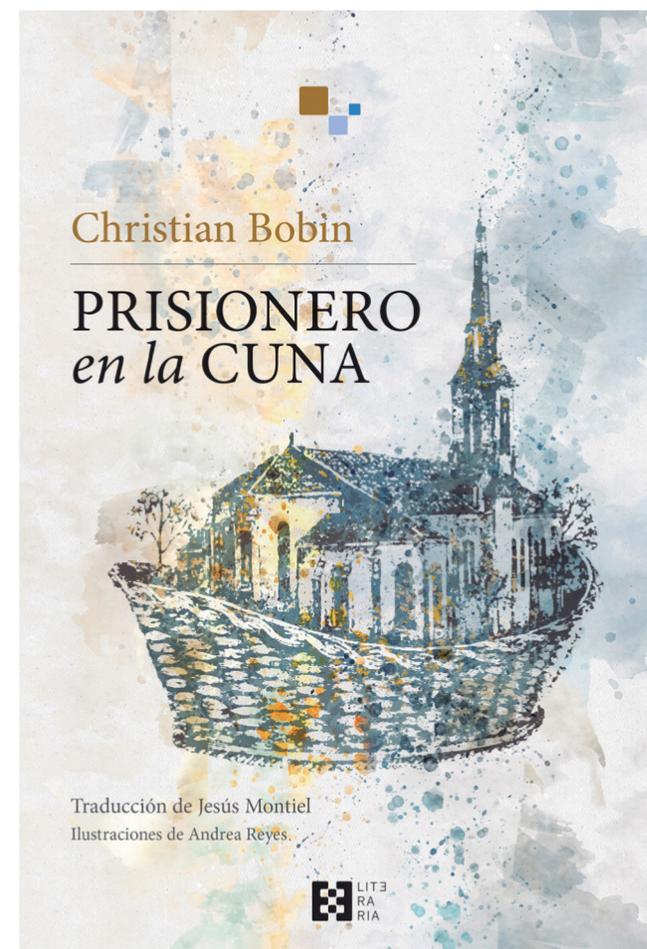
Bobin es un escritor prolífico. A la fecha ha publicado más de sesenta libros, de los cuales diez son de poesía, y los demás: cartas, ensayos, novelas, relatos y diarios, y una excepción: la biografía de Francisco de Asís, *El Bajísimo*, publicada en 1993, de la que se vendieron cuatrocientos mil ejemplares, y que le hizo merecedor del Premio Les Deux Magots y del Gran Premio Católico de Literatura el mismo año.

En los libros de Bobin prima la contemplación activa a través de una prosa poética en la que destaca el aforismo, la autobiografía y el fragmento. Todos sus libros son breves. Como él mismo lo explicó en *La vida pasajera*: “Nunca he escrito más que libros cortos, por incapacidad de hacer otra cosa, pero quizá también por necesidad: escribir es convertir lo mucho en poco, el exceso en

carencia”. Y continúa: “Ningún libro debería ser más pesado que la luz. Ninguna escritura debería hacer más ruido que una sonrisa”<sup>1</sup>.

*Prisionero en la cuna*<sup>2</sup> es la respuesta de Bobin a un periodista cultural que le preguntó: ¿cómo es posible vivir y escribir en Le Creusot? Bobin, que llevaba entonces viviendo más de medio siglo allí, describe la ciudad de frente, por los costados, desde arriba y por debajo; desde su pasado remoto cuando era conocida por haber sido capital de la producción de acero, hasta la época contemporánea en que a muchos les parecía un rincón perdido y baladí de la región de la Borgoña francesa. En este libro-respuesta, Bobin plasma imágenes y sus reversos, como lo hace en la primera oración: “He vivido siempre en dos ciudades: Le Creusot y la ciudad que hay encima, entre las nubes”.

En cada página del libro llueven ensoñaciones tal como debe ocurrir “cuando no hay nada que ver, [y] los ojos se empiezan a abrir y las visiones se multiplican”. El martillo pilón de vapor para la construcción de acero, abandonado, Bobin lo presenta como el “pisapapeles de un gigante olvidado allí, en la entrada sur de la ciudad”. Que nadie sueñe con vivir en Le Creusot le otorga “el sacramento de la belleza más indiscutible, propiedad de toda clase de marginados,



analfabetos y cojos”, que no cuentan con una “iglesia barroca ni suntuosas mansiones”, sino tan solo con “las estaciones que pasan encendiendo con sus colores los jardines obreros”.

En Le Creusot no hay nada que ver, pero el escritor ve y escucha y contempla. En un aparador de roble macizo recubierto con nudos de olmo por donde el sol se desliza durante una tarde huidiza, pueden leerse “las peripecias de la luz” mientras el alma recorre “las venas doradas de la madera” hasta ver subir el aparador al cielo cargado por unos ángeles musculosos.

De pequeño, Bobin era un prisionero, el “más joven de toda Francia”. Muchos de sus días transcurrieron de la habitación al patio y del patio a la habitación, “encerrado en casa, recorriendo el claustro de las lecturas, disfrutando del frescor milagroso de tal o cual frase”. Allí estuvo solo “dos mil años, el tiempo de la infancia”, sumido en una soledad de la que “nadie es responsable”, bebiendo silencio, comiendo cielo azul y esperando.

Bobin revierte la vida incomprensible en luminosa, se muda “miles de veces sin salir nunca de casa”, asiste “a la creación del mundo en un metro cuadrado de acera”, se embriaga de luz y si quiere “ver el fin del mundo” mira “la punta de sus zapatos”. Procede conociendo todo a través de contrarios: “la claridad por la sombra, el canto por el silencio, el amor por la soledad”.

Christian Bobin, que recibió en 2016 el Premio de la Academia Francesa por el conjunto de su obra, escribió *Prisionero en la cuna* “para todos los que tienen una vida sencilla y muy hermosa, pero que terminan dudándolo porque únicamente se les propone lo espectacular”. Un libro en el que se encuentran contemplaciones sencillas: de su habitación, su patio y su ventana; de caminatas por distintos parajes: la iglesia, barrios, calles, jardines, parques, estanques; de recuerdos de una vida solitaria y con familiares y amigos —personas vivas o muertas—, de la naturaleza viva: animales —una vaca, gatos, mariposas, aves— y árboles; de la luz, del aire, de las nubes. Un libro que remueve la mirada y los sentidos; que invita a la interpe-lación, a lo invisible que puede escucharse en lo visible, a descubrir la ciudad que no está en los mapas, a deslumbrarse con las manos vacías. ■

# Verso y reverso

Emma Lucía Ardila J.

emardila@gmail.com

<sup>1</sup> Juan Manuel Roca, *A dos tintas* (Medellín: Editorial Verso Libre, 2020).

*A dos tintas*<sup>1</sup> es un libro bellamente editado por la Editorial Verso Libre, que, como otras cuantas, se aventura a publicar literatura, a despecho de las empresas comerciales. Y se nota, por los cuidados detalles que acompañan el texto: la carátula ilustrada con un dibujo de David Robledo, una especie de *collage* en donde aparecen retratos de escritores y objetos diversos alusivos al contenido del texto. Es decir, que las palabras del autor se enriquecen y dialogan con una obra de arte elaborada especialmente para la ocasión. El tono de la pintura oscila entre los grises, un azul tenue y el violeta suave. En su interior, las páginas de corte-sía, en ambos lados y en el medio, coinciden con los tonos de la carátula y también están ilustradas con fragmentos de esta.

*A dos tintas*, como indica el título, es una sabia solución para presentar dos libros distintos, de un mismo autor, en una sola tirada. En el anverso: 1. *Esquirlas del diario de un anarcodependiente en cuarentena*, contiene una selección de los textos escritos durante los tres primeros meses de la pandemia. En el reverso: 2. *Los homenajes: Arguedas, Vallejo, Rimbaud, Rulfo, Lowry, pobre diablo*.

El diario es jugueteón, acude a expresiones comunes para reflexionar sobre asuntos cotidianos con continuas digresiones, referencias bibliográficas abundantes y juegos de lenguaje ingeniosos: “Ponerse el sombrero”, “En no mayor”, “Gueto por liebre”, “Pellejo por cárcel”, entre otras. Más allá de lo explícito desarrollado en los temas seleccionados, se trata, en realidad, de las crónicas de un hombre –que además

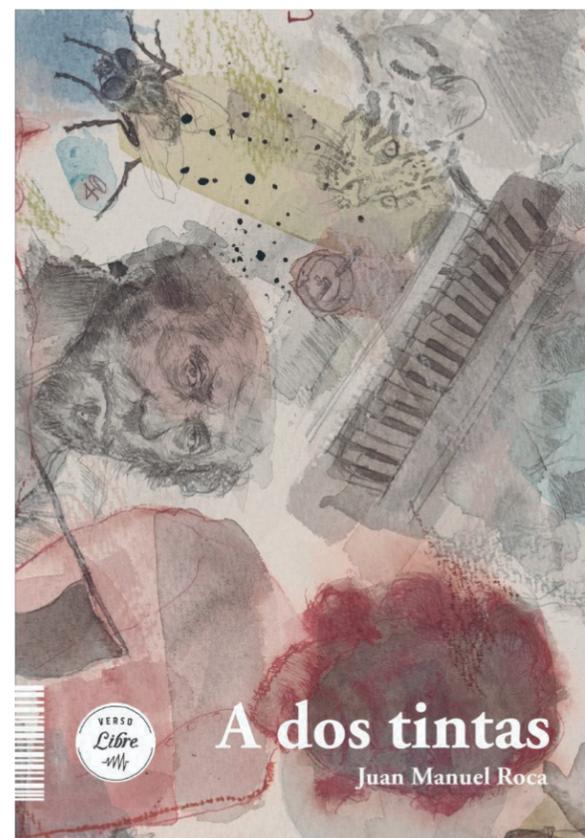
es poeta– obligado al encierro, narrando las minucias de su entorno. Adentro y afuera. La ventana es el límite, superado gracias a la literatura, la música, los recuerdos y las noticias de los amigos.

En esta sección resalta la mirada crítica sobre la realidad del país. A propósito de las plagas, por ejemplo, dice:

Del conjuro del agua convertida en sangre es mejor preguntarle al río Magdalena, el río madre que una bella película de Julio Luzardo llamó *El río de las tumbas*. Porque ese noble y vejado río sí que ha visto pasar un cardumen de muertos. (p. 37)

Hay, además, frases contundentes como sentencias: “Lo que más se globaliza en el mundo son las miserias” (p. 37), “Este día de hoy me parece que es de nunca” (p. 24), “La realidad no seguirá siendo la misma sino muy seguramente peor” (p. 35).

Esta primera parte termina con la cita de un poema de Joaquín Pasos, en donde la vejez es un logro y no un despropósito, como pretendieron quienes sumieron en el confinamiento a los mayores de 60 años con el pretexto de cuidarlos, y tiende un puente a la segunda, una travesía cuyo itinerario se da en varios sentidos: el literario, a través de los escritores ya mencionados, en donde, además de la lectura que posibilita el trayecto hacia el interior de las obras de los autores y de algunos aspectos biográficos, está el recorrido por los lugares emblemáticos de cada uno de los homenajeados. Poema tras poema se recorre el trayecto, verso a verso se abre el diálogo



con ellos, una conversación que sorte los límites de la muerte y que es ciertamente posible porque esa es la gracia que bendice a la literatura.

El viaje comienza con Arguedas; Roca, como escanciando esencias, nos lo vuelve presente. A propósito de su obra *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, dice: “...ha aprendido a contar como quien canta, como quien trae en sus venas un modo de decir, una manera de preservar un ritmo anterior a las palabras” (p. 19) y nos narra también de su cercanía con los indios, de su aprendizaje con ellos, de cómo bebió del silencio para aprender a nombrar. Quien no ha leído a Arguedas, queda invitado. Quien ya lo leyó, quiere volver a él. Y así mismo sucede con los otros autores. Los poemas crean una atmósfera en donde se siente latir la presencia convocada.

Sigue el recorrido hasta llegar a César Vallejo, ese: “(...) que perdió la sombra, (...) que bebió un vaso de sed que le secaba la garganta, (...) que fue siendo” (p. 27). Y lo pinta con un magistral bodegón de palabras, que engrandece mercedamente tanto a Vallejo, como al autor:

El sombrero tiene una historia desde la percha del café hasta su frente preocupada. La lámpara rota solo alumbra el paso de un fantasma. ¿Y la manzana? Un pequeño gusano da cuenta del rojo y luego de su carnosa redondez. Una mosca frota sus patas frente al plato de residuos, festeja su gula ante la muerte. Cencerro y yaraví quizá llamen en la noche a una dulce aldeana, o la mujer de senos apacibles. Del cencerro salen sonidos lastimeros, del yaraví una sonata de nieblas. (p. 31)

Luego viene al encuentro de Rimbaud; los sucesivos poemas que le dedica aluden a su vida, jalonado por una incurable “bulimia de imposibles” (p. 41), a su manera tan propia de ser en contravía de la mediocridad reinante.

El viaje hasta Rulfo es la estación más larga, se diría que mientras lo rememora, se detiene y mora. Las palabras Nadie y Nada menudean, constatan ausencias y certezas de otros mundos. Eso es Juan Nepomuceno, un hombre al que es posible ver en cualquier parte, como a un viajero de otro mundo.

Mientras pasamos una a una las páginas del libro de Comala, algo nos dice que estamos vivos en la gran colmena de la noche: el corazón como una aldaba en la puerta del pecho. (p. 57)

Finaliza la travesía con Malcolm Lowry y con su personaje, el cónsul, de *Bajo el volcán*. El más Nadie que Nadie, el muerto incógnito, víctima del destino, del alcohol y del absurdo.

Esperemos la próxima entrega de la editorial Verso Libre, que ya con este libro completa su tercera aventura, en clave de viaje. ■

Carlos Castro @carloscastroar - Proyecto: Respirando por la herida (2011 - presente), registro fotográfico por David Estrada Larraneta



*Bolívar calvo. Cofeterías Bogotá.*



*Viene viene o Franelero!*

Carlos Castro @carloscastroar - Proyecto: Respirando por la herida (2011 - presente), registro fotográfico por David Estrada Larraneta